

los cuales la infeliz fué seducida por un oficial de nuestra guarnición, que tú has debido conocer en Roma, llamado Pandera.

Yo recuerdo haberle visto en Cesarea. El marido abandonó a su mujer, y denunció al seductor a las autoridades militares, que le trasladaron inmediatamente de guarnición. La pobre Myriam se consoló con otros, y su mala conducta, que fué pronto del dominio público, la convirtió en un escándalo para Magdala. Su marido murió al poco tiempo, y ella, con el dinero de su dote, que era considerable, vivía aquí suntuosamente.

Ahora bien, no hace aún dos meses, despidió bruscamente a todos los galanes que la cortejaban, y cambió radicalmente de manera de vivir.

El último de sus admiradores, un joven comerciante griego, riquísimo, que persistía en asediarla, es el que yo puse en fuga, se lo te referí en una de mis cartas anteriores.

¿Cuál es la explicación de este cambio? Aquí es donde empieza el misterio.

La hermosa Myriam se encontró un día con el gran Profeta, y la primera mirada que éste posó sobre ella, la conmovió hasta el fondo de las entrañas.

Era una mirada, me han dicho, acusadora, penetrante, que leía hasta lo más recóndito del corazón, y que paseaba la sonda por todas sus vergüenzas.

Myriam bajó los ojos delante de aquella mirada, que no podía soportar, y sintió el rubor subir a su frente, tan poco habituada a enrojecer.

Cuando levantó la vista, la terrible mirada del profeta seguía siempre clavada en ella, y la multitud, que lo había advertido, la contemplaba también con desprecio. Llena de confusión se apresuró a huir de aquel sitio, y desde entonces, dicen, no cesa de ver, ni aun cuando duerme, la aterradora mirada del hombre Dios, y arrepentida de su pasado, siente dolores íntimos que jamás había conocido, y llora con lágrimas de sus ojos sus iniquidades, aspirando únicamente a que su conducta futura la alcance el perdón del Profeta.